

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 » » 1 » »

y así sucesivamente.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis
los unos á los otros como Yo os he
amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localid-
dad en la librería «La Escolar,» Corrida 73,
y en en el comercio «La Epoca» San Bernar-
do 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor
Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

AND Y C.^{IA} Y EL NEGOCIO DE RIELES

Nunca el apoplético director de la famosa Sociedad americana *Forges et Aciéries Dookleid and C.^o limited*, había experimentado tan temprano tal emoción: habíale afectado allá en mitad del estómago...

A su modo de ver, Francia iba á birlarle un encargo de dieciocho millones.

Al subirle el asado y el té, había encontrado el criado á su amo engolfado en la lectura de periódicos, fumando en la pipa, y chupando descompasadamente, con la mano puesta en el receptor del teléfono.

—Está bien, Jonatás; deja el desayuno aquí, y hazme el favor de marcharte, pero de prisa.

Precisamente es lo que hizo el criado con mucha satisfacción.

Una vez solo, el director sintió más que nunca la agitación.

—¡Allô... allô... Willie!... ¡Hombre! es necesario que te levantes... ¿Cómo?... Ya te afeitarás más tarde... ¡allô!... ¿Cómo?... Ya lo tomarás luego conmigo... ¡sí!... hay malas noticias... Estamos en peligro de que Francia se quede con el encargo de toda la artillería brasileña... ¡Absolutamente!... Ya lo creo... Te aguardo para avisar...

Un cuarto de hora después, ante la puerta de M. Dookleid se apeaba de un caballo un joven muy rubio, con ojos muy azules, alto y de aire decidido.

—¡Buenos días, tío! ¿qué hay de cierto?

—¡Lee esto!

El director alargó un cablegrama del Havre y un despacho cifrado de su encargado de negocios de París:

«Estoy seguro fábricas francesas sindicadas trabajan hábilmente por conseguir encargo Brasil: avise en seguida: peligro inminente.—*Heglison.*»

Willie durante algunos momentos

contempló con distracción á su socio como buen anglo-sajón, sin fijarse en nada exterior, concentrada la atención en su pensamiento íntimo:

—Precisa rehacer el negocio de rieles...dijo al cabo de un instante... No veo otro medio.

—Son dos millones.

—Perderemos cuatro si dejamos deslizar hasta Europa el encargo...

—¡Oh! ¡Francia!... ¡Si fuese al menos Krupp!

—No se trata ni de Krupp, ni de sentimentalismo...

—Tienes razón; avisa.

Entonces Willie se sentó al borde de la cama, y con el teléfono en la mano dictó este despacho:

«A M. Heglison.—París.—Rehaga inmediatamente negocio de rieles: invertimos un millón: más si precisa: á toda costa triunfar.»

Después, tomando el té con mucha flema, Willie tranquiliza á su tío.

—Después de todo, este grito de alerta es una cosa muy útil. ¡Obliga á despertar!... Ellos, americanos, no han explotado bastante la huelga... Cuando fomentaron la primera, de un solo envite quitaron á Europa el monopolio de rieles y locomotoras... Todo se puede esperar de una segunda huelga en el estado de descomposición en que Francia se encuentra hoy día... ¿Quién sabe? acaso lleguemos á acaparar el palastro... Se lo repito á V. Tal vez es un mal que reporte un bien... ¡A la salud de V!

El corresponsal de París es un señor bajito, sonrosado, perfectamente afeitado y pulcramente vestido. Al recibir el telegrama una ligera sonrisa hizo se alargase suavemente su cara gelatinosa de carpa hervida.

—Ya lo esperaba así, dijo.

Aquel día escribió diez cartas, salió por la tarde, y no volvió á casa hasta media noche.

Una semana más tarde veíanse bajar del tren media docena de caballeros, delante de las fábricas: iban bas-

tante bien vestidos, hablaban recio y aguardando á otra media docena de desocupados de dudoso aspecto. Entraron en el café de la plaza, y durante dos horas obreros y agitadores celebraron una reunión entre *bocks* de cerveza y el humo incesantemente en aumento de los cigarros.

Aquella misma tarde circuló un rumor vago por las fábricas... acentuóse luego, precisóse por fin:

—¡La huelga!... ¡va á declararse la huelga!...

El día siguiente se catequizaba descaradamente á los obreros en mitad de los talleres:

—¡Declárate en huelga... es más dura que la piedra tu cabeza!

—¡No quiero!

—¡Tú no sabes nada!... ¡Te explotan tus amos: te chupan el jugo!... ¡Engordan á costa tuya!

—¡Con todo, peor remunerados están los trabajadores italianos, españoles ó alemanes que yo!

—Cree que te explotan... lo sabemos nosotros mejor que otro... y si no eres tú, es tu hermano quien sufre... ¡levántate, hombre libre! ¡Todo lo puedes si quieres; pide pan!...

—¡No me falta!

—¡Pide carne!

—Cada día la como.

—¡Exige vino!

—También lo hay en la bodega...

—...Pide aguardiente... te hace falta el aguardiente.

—Mi patrona es de parecer que bebo demasiado.

—¡Reclama medicamentos!

—La esposa de mi amo me los suministra cuando se hallan enfermos mis hijos.

—Definitivamente tienes alma de esclavo. ¡Pide médico, retiro... ley de accidentes del trabajo!

—¡Todo eso lo tengo ya!

—¡Pues sublévate, á pesar de todo, aunque no sea más que para dejar en pie los principios!

Cierta tarde algunos cientos de

trabajadores, al volver á casa, arrojaban á un rincón la gorra, con aire descorazonado:

—¡Otra huelga!

—¿Pero por qué? pregunta la esposa.

—No lo sé á punto fijo... pretextos siempre se encuentran... En nuestro caso si uno quiere tener razón... ¿eh?... ¿quién la tiene en la fábrica? La huelga fructifica lentamente. Adivinase el por qué en todos los talleres... ¡ya sabes, acaba uno por conocer la cosa, es la tercera en trece meses! ¡Tres huelgas! ¡más de trescientos francos perdidos! ¿Cuándo podremos arreglar solos nuestros asuntos en familia?... ¡Truenos y rayos! ¡no somos, por cierto, niños ya!

En efecto, estalla la huelga, desarróllase, extiéndose envuélvelo todo con silenciosa y terrible rapidez, como si fuese una carcoma moral, parásito del mundo obrero desarrollado en un caldo cultivado artificialmente que restringe la vida, desmoraliza y anula las mejores voluntades.

Poco á poco los hornillos de cobre se van apagando: siguen los gasógenos: sobre los solitarios talleres desciende la quietud; y contemplando esto el trabajador, se pregunta á sí mismo si será cierto que trabaja, haciendo la huelga, contra sí mismo... avergonzado, en el fondo, del papel de carnero que se le reserva, encontrándose convertido en instrumento de una causa que le es extraña y perjudicial, mientras que se encontraría tan fuerte y tan digno regulando solo con sus jefes sus reivindicaciones legítimas.

¡Sobre todo, que ningún compañero se aproveche de la falsa libertad del trabajo! Aquel que pretendiese volver á los hogares, quedaría escarmentado al volver una esquina; y si lograba escapar libre de tal peligro, en todas las fábricas sería mirado como un «traidor vendido.»

En grupos se pasean los huelguistas, mirándose con ceño y desconfiando unos de otros: los débiles son los que hablan más recio por no parecer tibios: aquellos que son más reflexivos piensan en los días que van transcurridos en vano: las baladronadas que habrá que hacer para no aparecer moderado y puesto en entredicho más tarde cuando los compañeros y amigos deseen entregarse...

La huelga persiste días y semanas enteras, sembrando la ruina, el rencor y la miseria, repetición parcial del mayor conflicto, hasta que de Nueva York llega al sonrosado señor, corresponsal de la *Dookleid and C.º limited*, un segundo telegrama así concebido:

«Detenga los gastos: proponga arbitraje: ya tenemos todos los encargos apetecidos.»

Tres días más tarde cesaba la huelga.

PIERRE L' ERMITE.

(La Reja del Arado.)

Carnaval

Pestilente, asqueroso lodazal.

Volcán siempre arrojando de su seno la lujuria, el insulto, el desenfreno, lo más vil, lo más bajo y criminal.

Abismo tras hermoso florestal que al hombre, si se acerca de él ajeno, rápido le sepulta en su veneno...

¡Es lo más execrable el Carnaval!

Fiesta maldita, del infierno amada. Tanta es la podredumbre que desliza en el corto arrastrar de su existencia que no basta cubrirse de ceniza para dejar el alma saneada, hay que luego anegarla en penitencia.

A. A.



De actualidad

Pueblo, á tí siempre honrado, siempre noble, dotado de corazón que dá cabida á todo generoso sentir, á todo elevado pensamiento; á tí, siempre sufrido; á tí, que en el transcurso de la historia humana no has tenido más que un amigo leal y generoso: el Cristianismo; á tí van las presentes líneas.

Grandísima importancia tienen los presentes días.

Etironizado el egoísmo cual no lo estuvo en el seno de sociedades paganas, sustituida la Caridad, mil veces santa, por la fría, desnuda á inútil filantropía moderna; roto todo lazo de unión leal y sincera entre los hombres, las sociedades descansan solo en el basamento de la fuerza, y á ella deben su vida intranquila de diaria zozobra, de continua alarma. El día en que la fuerza flaqueé ó falte, la sociedad saltará en mil pedazos y el hombre devorará al hombre.

Arrebatadas al pueblo sus creencias cristianas; mermado su pan, por los secuaces de la revolución, ha quedado abscripto á un círculo de negruras densas y de desesperación sin límites. Ya su alma conturbada por las más miserables pasiones no busca los hermosos consuelos de la esperanza, porque ha perdido el camino que á Dios le conducía. Ya no escucha la voz de su Santa Madre; ya solo da oído á la charla satánica de los hijos del Angel Rebelde, que se creen potentes para derrocar el Trono del Omnipotente, porque ciegos de soberbia, lo equiparan al trono de los hombres.

Pueblo; esos hijos de las sombras se llaman tus amigos, tus redentores, te hacen formar bajo sus pendones; te asocian á su obra de destrucción; arman tu brazo, la revolución exterminadora alienta por tu impulso; sobre tu sangre, se alza el trono de lo inicuo. Después de la batalla, los vencedores, merced á tu esfuerzo, te abandonan á tu miserable suerte; merman tu pan y te repelen á tu triste hogar que hallas más frío,

porque tu alma la heló el excepticismo de la revolución. Así, sirviéndose de tí, esos que hoy aborreces, derrocaron tronos seculares y rajaron los altos pafios del altar. Todo cedió á su saña insaciable; hasta que heridos por el rayo de su propia soberbia, á un gesto de Dios, cayeron sus cabezas cortadas por la misma segur que segara las de inocentes víctimas.

Te adulan, te acarician, vierten en tu espíritu las teorías más absurdas.

Convierten con sus enseñanzas tu corazón en nido de víboras.

Ya las furias no asestan solo sus tiros al altar y al trono. Esa es obra pequeña para su ambición, hay que destruirlo todo y hundir de un solo golpe la obra de cien generaciones. Jamás el genio de las sombras se presentó tan soberbio.

¿Y tú, pueblo crédulo, das la espalda á la Fé de tus mayores para creer en tales hombres?

¿Tú crees á esos hombres que viviendo de la merma que á tu jornal hacen, alucinan tu espíritu y halagan tus pasiones?

¿Tú esperas tu redención de tales secuaces y tu felicidad de sus doctrinas?

No: mi espíritu se resiste á creerlo. Tú, el pueblo por excelencia amante de los preceptos de Ntra. Santa Religión; tú el pueblo que unido á sus reyes cristianos, con lazos que tegiera la inmaculada Fé, dió su sangre á torrentes por el triunfo de la Santa Cruz; tú, honrado pueblo, podrás tener momentos históricos de vacilación, de extravismo, más nunca formarás conscientemente en filas capitaneadas por mónstruos.

Tu extravío es cierto, pero no es tuya toda la culpa.

¡Pobre pueblo! Llegada es ya la hora de la reflexión. La Iglesia Católica te llama. Arroja de tu hogar el papel inmundo y el libelo que merma tu salario á cambio de envenenar tu espíritu. Y en tus horas negras, en esas que llevan á todos los humanos, las amargas hieles de las desventuras, vuelve tu vista conturbada hacia el Calvario, arrójate en aquellos brazos siempre abiertos para estrechar en ellos el mundo del dolor y del sufrimiento, y allí hallarás la fuente que ha de apagar en tu pecho la sed que despertaron las injurias de los hombres.

Solo en el seno de la Iglesia Santa Madre del mundo cristiano, hay fuerzas capaces de salvarte, solo allí existe la igualdad soñada; solo en sus fecundas doctrinas halla el pensador medios para cicatrizar las grades llagas que corren á esta sociedad. Que solo en el amor de Dios pueden nivelarse todas las desigualdades humanas.

A. SANCHEZ.

UN PENSAMIENTO

Observad al perro: cuando ve el pan menea la cola: cuando ve un campo de trigo lo desprecia.

Observad al hombre indiferente; por necio que sea, le interesará un pedazo de pan, pero le interesan más las mieses que lo producen.

Ved, en fin, al hombre religioso, gusta del pan y cultiva las mieses, pero al pensar en Dios que las crió, cae de rodillas.

El perro no pasa del pan.

El indiferente no pasa de la tierra.

El hombre religioso llega hasta Aquel de quien procede todo don perfecto.

Cuando oigáis á alguno de esos infinitos necios que hoy andan por el mundo llamar fanáticos á los hombres de fé religiosa, acordaos de esta escala de inteligencias y colocadle entre los perros más ó menos perfeccionados. en

doude lo corresponde.

CHARLA

—Pero hombre, hombre, ¿qué horrible inconsecuencia es la tuya? Ayer trinabas contra ese periódico por anticatólico y antipatriota y hoy te pones á leerlo y en público para que el ejemplo sea más pernicioso?

—Mira... yo si te he de decir la verdad... gran cosa mala en estos periódicos no veo...

—El otro día veíaslas á cientos. ¿Quieres que te descubra el motivo de tu cambio de conducta?

—¿Cómo?...

—Ese periódico mil veces nefando que tienes en la mano, te dedicó el martes una gacetilla laudatoria de tus gestiones en el Municipio y esto solo bastó para que ya LE admitas en tu compañía, cuando lo que debiera bastarte para lo contrario, portándo-te como buen católico, eran las prohibiciones y excomuniones de los Obispos á esa prensa mil veces nefasta y á sus lectores.

—Vuelvo á mis trece; yo los examino con detenimiento y no puedo por menos de darles mi visto bueno.

—En tanto te dure el dulce sabor de la gacetilla ó te largue cualquier día tu favorito alguna andanada que no te agrada. ¡Como que nos duelen más las ofensas á nuestra vanidad que aquellas dirigidas á la religión santa que decimos profesar!

—No ahondes, no ahondes.

—Es preciso para dejar las cosas en su puesto, y dispénsame si te saqué los colores al rostro; deseo librarte de ese veneno traidor.

—Gracias, fiel amigo.

—Ese periódico que ahora ibas leyendo, como liberal que es, tiene una historia muy negra. Toma nota de algunos puntos.

Es enemigo de la enseñanza religiosa y furibundo defensor de las escuelas láicas, neutras ó más claro anticatólicas.

Odia de muerte á las órdenes religiosas, tan amadas de la Iglesia.

Defiende abiertamente el amor libre.

Glorifica á los escritores inmora-les y ateos.

Llamó al pueblo que pide á Dios el pan nuestro de cada día, «atrasado, embrutecido, enredado en los sucesos aparejos de la fé.»

Declaró incompatibles progreso y religión.

Dijo que no constaba la existencia de una vida futura.

Llamó al culto de María Santísima culto pagano.

Escribió que en un libro no suele estar mal un poco de pornografía.

Ridiculiza siempre las prácticas de piedad.

Llamó al Catolicismo supercheria. A Cristo, loco y figura irrisionable.

Presentó al suicidio como único remedio á las amarguras de esta vida.

Niega los milagros aún los más patentes.

Publica folletines que dan asco.

Ridiculizó al Sumo Pontífice Pío X publicando además acerca de él noticias falsas y escandalosas.

Atacó al dogma de la Santísima Trinidad y todos los demás dogmas, no obstante, pregonar él en tono dogmático sus errores.

—¿Acabaste?

—Para no avergonzarte más, sí. Todas estas impiedades las censuraste tú también cuando no estabas como ahora obligado con la consabida gacetilla. ¡Qué falta de caracteres hay en estos tiempos!

Vemos el mal, lo comprendemos, abominamos de él con palabras llenas de santa indignación y después nos hacemos partícipes de ese mismo mal tolerándole, disculpándole y en ocasiones como la tuya de hoy, ayudándole á propagarse... Permite-me esta franqueza de amigo que te quiere. Tal conducta ni es digna ni es honrada.

—Te perdono el bofetón que acabas de darme.

—Si al menos te sirviera para ser consecuente en tu conducta de católico, algo iríamos ganando.

Que un pobre ignorante de la maldad de esos periódicos liberales los compre y los lea... pase. Pero que quien los conoce bien no les aborrezca, vamos que no se comprende.

—Mira, chico, de inconsecuencias está el mundo lleno.

—Y así anda él, de tumbo en tumbo al precipicio. Lo que te dije antes; hay mucha falta de caracteres, mucha palabrería hueca y pocos hechos valientes. Somos de quien nos adula antes que de Cristo que al fin de nues-

tra carrera mundana nos juzgará según las obras.

¿Comprendes la razón de todas estas consideraciones, pero te obstinas en seguir el camino contrario? La prensa liberal es áspiz que guardamos en nuestro seno; acuérdate de la fábula «la vibora y el labrador.»

—¿Qué más tienes que decirme?

—¿Qué tienes que objetar á esto?

—Nada.

—Pues medita.



Un hecho portentoso

en Lourdes

Seis médicos atestiguan la operación.

Todos los diarios de Turín, tanto católicos como neutros, al dar cuenta de la vuelta de los peregrinos salidos de la vuelta de los peregrinos salidos ha poco para Lourdes, no pueden ocultar su asombro ante un hecho que ha pasado á ser objeto de todas las conversaciones en los círculos y sociedades.

Al llegar el tren correo de Modane que conducía á los peregrinos, el inmenso gentío estacionado bajo los anchurosos pórticos de la estación de Puerta Nueva estalló en atronadores vivas á la Virgen de Lourdes.

Todas las miradas se dirigen hacia una joven señora que baja del tren.

Es Florentina Tosi, la señora de Eugenio Fiammengo, conocidísimo comerciante de Turín, que vuelve curada de una gravísima enfermedad.

Dicha señora estaba atacada de tuberculosis y salió de aquella capital para ir á Lourdes con el objeto de implorar la gracia de su curación.

Florentina Tosi estaba enferma de pleuro pulmonía crónica, en su última fase.

Durante su viaje de ida, la piadosa señora tuvo numerosos vómitos de sangre, que impresionaron profundamente á los médicos y peregrinos.

Todos los facultativos, algunos de los cuales son célebres médicos de aquella universidad y del extranjero, los cuales habían ya visitado en su casa á la paciente, y especialmente el doctor Carbone, que es desde hace varios años médico de la familia Fiammengo, habían confesado de palabra y por escrito la imposibilidad de la curación.

La enferma llegó á Lourdes en condiciones tan deplorabilísimas, que fué imposible encontrar alojamiento alguno para ella, tanto en los hoteles como en las hospederías privadas; así es que tuvo que refugiarse en el hospital.

El jueves último la enferma quiso presenciar la procesión del Santísimo, siendo trasportada al efecto en una camilla. Durante el trayecto, la pobre enferma tuvo abundante vómito de sangre.

La camilla fué colocada muy cerca de donde debía pasar la procesión.

Cuanto miraban á la enferma se descubrían con respeto.

La muerte estaba pintada en su rostro, y parecía hallarse ya en los últimos momentos.

Cuando recibió la bendición fué presa de fuertes convulsiones, y el médico se vió precisado á practicarle algunas inyecciones.

Pocos momentos después la enferma dijo que se sentía mejor y pidió se le permitiera levantarse.

El público, asombrado, siguió tras la camilla; muchas mujeres acompañaron á la enferma hasta la misma habitación para ayudarla á vestir, lo que no fué menester, pues la enferma se vistió por si sola, lo cual hacía más de un año que no había podido verificar.

Al presentarse al público, fué recibida con vivas y aplausos, siendo llevada en triunfo.

La noticia del hecho prodigioso corrió por Lourdes con la velocidad del relámpago, y la curada fué transportada á la oficina de comprobación, donde la enferma fué visitada por los doctores Boissierie, Carbone de Tortona, Tomás de Lourdes, Pedro Charmant de Liege, y otro de París.

Todos unánimemente declararon que la señora Tosi estaba completamente curada, y suscribieron una declaración en la que se afirma que el pulmón que estaba ya destruido por la tuberculosis, se ha restablecido por completo, y que los focos de la infección tuberculosa se habían disecado, estando ahora perfectamente reintegrado á sus funciones vitales.



Las escuelas del Ave María

son una esperanza, no un temor

1.º La escuela católica es la Providencia de los pueblos en nuestros días. De Dios viene la luz para ver, y el camino para andar, y la gracia para no desfallecer; y la educación que es la luz del alma, guía del recto vivir y sostén de la vida, ¿no tendrá que ver con la Divinidad? ¿Será tan racional y buena la escuela sin Dios, como la que le enseña á conocerle, amarle y servirle? Si para educar hay que atender al doble destino temporal y eterno del hombre, ¿cómo se cuidará del fin eterno la escuela que prescindiera de la religión que no tenga en cuenta para formar á la humanidad los planes de Dios acerca de ésta? ¿Es educar hacer animales industriales y terrenales, y nada más?

La revolución, que ha sabido destruir, no ha sabido edificar; destruyó los templos, pero no levantó otros, impugnó las creencias del pueblo, pero no las reemplazó por otras; persiguió á los maestros cristianos, pero no halló moral popular para sus escuelas, que, por ser láicas, resultaron in-

completas, antipáticas y desorientadas, esto es, faltas de norma y norte y vacías del sentido práctico de la humanidad, que se ha empeñado en ser religiosa y no atea, en preocuparse de la inmortalidad tanto y más que de la vida presente.

Andrés Manjón



Dios juzgará las justicias

En un tribunal correccional de Francia compareció Emilio Gaudot, de diecisiete años de edad, acusado de robo y asesinato. Tocóle su turno al defensor del reo, cuyas elocuentes palabras no tienen vuelta de hoja.

«Señores—dijo—mi cometido es bien sencillo, habiendo el acusado confesado su crimen. No le defenderé, porque no veo para él misericordia. Seré breve. Si la justicia le pide cuenta de su crimen, me permitiréis pida cuenta á la justicia de su arresto.

No sé cual será la sentencia; pero sea la que fuere, hay alguien más culpable que el mismo criminal. El culpable sois vosotros, señores, los que me oís, que representáis á la sociedad obligada á castigar crímenes que su incuria y corrupción no han podido prevenir.

Veo ante mí y adoro al Cristo crucificado, que está sobre el tribunal en esta sala. Aquí está en vuestro pretorio donde citáis al acusado. ¿Por qué no está en la escuela, donde llamáis al niño para enseñarle?... ¿Por qué castigáis en su presencia al que, como Gaudot, lo vé aquí por primera vez? Si en la escuela lo hubiera hallado, no estaría hoy en ese banquillo de infamia. ¿Quién le ha dicho que había un Dios y una futura justicia? ¿Quién le ha enseñado la ley de Dios, no matarás? Condenad á mi defendido, estáis en vuestro derecho: pero yo os acuso; es mi deber. Dios juzgará á los jueces.»



CATEQUESIS

Tardío pesar

El Emperador Carlos V. se encontraba un día en la cabecera de la cama de uno de sus más fieles servidores, en artículo de muerte.—«Pedidme, le dijo el Emperador, en recompensa de vuestros méritos, y si es posible para disminuir vuestros padecimientos, el favor que queráis.» ¡Ah! señor, respondió el enfermo con dolorosos suspiros, todo lo que yo os pediría sería que prolongáseis mi vida por algunos días. «¡Cuánta desgracia! replicó el Emperador, yo no puedo; los poderosos de la tierra no disponen de un solo minuto de la vida del hom-

bre.» A estas palabras el doliente, mirando con tristeza al cielo. ¡Qué insensato he sido! exclamó; he consagrado toda mi vida al servicio del Emperador, y su poder no alcanza á concederme un solo día de existencia. Si en cambio hubiese servido mejor á mi Dios podría esperar una recompensa eterna, una felicidad sin fin.—En el lecho de muerte es cuando mejor se conoce quien ha elegido la mejor parte.—*Cat. en exemplis.*



Bibliografía

El último número de *Ora et Labora*, llegado á nuestra redacción nos ha sorprendido con la grata nueva de que la labor de los seminaristas españoles empieza á ser copiada en muchos Seminarios de Portugal, Italia, Francia y Republicas de América Latina.

En Portugal principalmente la Obra está ya tan desarrollada como en España, y sus Centros de propaganda, en relación con el de Sevilla, nada tienen que envidiar á los españoles, ni en fecundos y lisonjeros resultados.

Como buenos españoles nos congratulamos de que así suceda y deseamos que cada día tenga mayor vigor y empuje el árbol robusto en que se ha convertido ya el que fué pequeño *grano de mostaza* sembrado por el Seminario de Sevilla.

Hemos recibido el último número de *El Buen Consejo*, ilustración católica, adornada con numerosos grabados.

Esta publicación entra en una nueva fase y viene notablemente reformada y avalorada con abundante y escogida lectura de firmas prestigiosas. Publica cultos, hojas literarias de agricultura, industria y comercio, Medicina, ciencias sociales, modas y educación infantil. Crónicas gráficas, actualidades extranjeras, informaciones especiales, artículos, cuentos, poesías, sección recreativa, etc., etc.

Es una de las publicaciones más económicas é interesantes. El precio del número suelto es el de 10 céntimos, y el de la suscripción anual, 5 pesetas.

Excelente propaganda.

También hemos recibido de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, de Bilbao, varios libritos de los que es autor el esclarecido P. Vilariño. Se titulan estos «La Bandera y el soldado». La Parroquia y el Párroco» «La Comunión frecuente». Su excelente impresión y texto utilísimo hacen que esta biblioteca sea indispensable á los que deseen extender el bien y la verdad entre sus prójimos; es además baratísima; cinco céntimos el ejemplar y tres pesetas el ciento.

Agradecemos la atención que con nosotros se ha tenido.

Correspondencia administrativa

Sr. C. P.—Tremañes.—Pagó 1909.

Sr. D. R. G.—Mazcuerras.—Id. fin Junio 1910.

Sr. D. L. M.—Manlleu.—Id. id. id. id.

Sr. D. F. J. B.—Cangas de Onís.—Id. á fin de 1909.

IMPRESA DE L. SANGENIS